

Sobre la Idea de Patriotismo

On the Idea of Patriotism

Javier Pamparacuatro Martín^{1}*

Resumen: El presente ensayo trata de acercarse a la cuestión de qué lugar le corresponde a la idea de patriotismo en el mundo de hoy. Para ello, es preciso relacionarla con conceptos vecinos –nacionalismo y estado-nación– y situarla en perspectiva histórica. El artículo sostiene que el patriotismo, una actitud fundamental y universal humana, halla su auténtica continuidad intelectual e histórico-política en el nacionalismo de la primera ola –en el nacionalismo liberal y el estado-nación. Un hecho cierto es que, mientras estos se encuentran hoy amenazados en Europa y Occidente desde múltiples frentes, los nacionalismos de segunda y tercera ola son plenamente pujantes en todo el mundo. El estado-nación y el patriotismo se resisten, sin embargo, a desaparecer, y son, adecuadamente entendidos, un factor esencial de progreso. El trabajo se sitúa en contra de la corrección política, que, o bien condena el patriotismo, o bien

1 Profesor e investigador vinculado a la Universidad del País Vasco (España). Licenciado en filosofía y psicología por la Universidad de Deusto. Doctor en Filosofía por la Universidad de Barcelona (2007). Premio Extraordinario de Doctorado.

trata de apropiarse del término para conferirle un contenido ajeno. La conclusión señala la necesidad de repensar el concepto manteniendo sus lineamientos tradicionales.

Palabras clave: patriotismo, nacionalismo, estado-nación, corrección política.

Abstract: The present essay sets out to appraise the role that corresponds to the idea of patriotism in our time. This task requires to reflect, in a proper historical perspective, on the relationship of patriotism to associated concepts such as nationalism and nation-state. We hold that patriotism, a deep-seated and universal human attitude, has its true intellectual and historical-political continuity in first wave nationalism –in liberal nationalism and nation-state. Certainly, these are at present threatened in Europe and the West by multiple factors, whereas second and third wave nationalisms have become extremely powerful forces all over the world. Nevertheless, nation-states and patriotism are unwilling to die out, and are, if adequately understood, a paramount element of progress. We criticize the political correctness positions which either condemn patriotism or try to appropriate the term with a view to endowing it with an alien content. The conclusion stresses the need to rethink the notion of patriotism within the framework of its traditional foundations.

Key words: patriotism, nationalism, nation-state, political correctness.

Todavía estamos a tiempo de hablar sobre patriotismo sin pedir permiso; aún la palabra no ha sido condenada o vituperada sin remisión. Sin embargo, antes de abordar tal idea, es necesario detenerse a considerar algunos conceptos conexos como estado-nación y nacionalismo. Este trabajo

lleva a cabo tal tarea en oposición al pensamiento único, obligatorio y vinculante que representa la corrección política. No pretende tanto revelar verdades eternas como ejercer y ejercitar la libertad de pensamiento.

Para desarrollar la labor que me he fijado en este trabajo, es imprescindible tener en cuenta la dimensión histórica del nacionalismo, o, para ser exactos, de los nacionalismos. Por ello, divido su devenir histórico en *cuatro olas*: la primera surge tras la Revolución Francesa y está vinculada a la formación del estado-nación y al nacionalismo liberal-romántico; la segunda llega a partir de comienzos del siglo XIX con el nacionalismo romántico y su idea de nación; la tercera viene dada por la doctrina del derecho de autodeterminación de los pueblos (tras el término de la Primera Guerra Mundial); la cuarta ola adviene a partir de finales de la Segunda Guerra Mundial con el nacionalismo anticolonial del siglo XX. Considero importante asimismo distinguir en cada ola una serie de *tipos históricos* característicos y diferenciados.

Comencemos señalando el cuestionamiento del concepto y realidad del estado-nación en nuestros días. El estado-nación ciertamente está siendo vaciado desde dentro y desde fuera –en lo local o interno y en un nivel supranacional e internacional– por múltiples instancias. En lo que concierne a los factores externos, el proceso es claro. Los grandes problemas que tienen planteados los países y la necesidad de combinar enormes intereses en juego requieren actualmente soluciones internacionales y sistemas asociativos transnacionales. Una de esas instancias externas es la mundialización o globalización, un proceso en curso que no ha concluido; otra son las entidades supranacionales, como la Unión Europea.

Entre los otros factores que debilitan al estado-nación se cuentan, en el ámbito occidental, las reivindicaciones de

las identidades regionales, el separatismo, la tecnoburocracia estatal –que, como marco abstracto, no es capaz de suscitar lealtades–, la inmigración fuera de control y no integrada, la disolución de las solidaridades tradicionales, la decadencia de las élites... En un nivel global, mencionemos el auge del yihadismo, las luchas tribales que, en ciertas zonas, el estado no ha logrado superar, los nacionalismos localistas, fragmentadores y disgregadores, el protagonismo cada vez mayor en el escenario mundial de las corporaciones industriales y financieras, que ya son más poderosas que muchos estados... El hecho es que vivimos en un mundo desdibujado, donde las nítidas demarcaciones tradicionales del mundo de antaño han sido reemplazadas por una complejísima configuración reticular, compuesta de varias capas y en permanente cambio, y no necesariamente siempre ordenada y regular sino destejada, rota y enredada en varios puntos. Y es, en buena medida, desconocida.

En el plano de las mentalidades, la doctrina de la libre determinación de los pueblos, la autodenigración que practica Occidente, el individualismo, el internacionalismo, la ideología de la mundialización, el cosmopolitismo, el multiculturalismo, el humanitarismo, son las nuevas divinidades, las deidades menores del panteón que ha erigido, en política, el Terror intelectual de Occidente y buena parte de la opinión pública. (En los demás templos, los de la moral, educación, etc., los dioscellos son otros. Pero casi nadie dice de esa neorreligión que es opio). Todos estos dogmas legitiman la desaparición o debilitamiento de la nación y del estado-nación. Tomemos, a modo de ejemplo, las ideologías que sustentan la globalización. La globalización presenta una versión de izquierdas y una de derechas. Ambas responden a la utopía ideológica que sostienen las élites de un universo sin límites ni barreras. En la versión de

izquierdas, antirracista, internacionalista, «los hombres son ciudadanos del mundo, y la nación semeja a un vestíbulo de estación: basta entrar allí para gozar de las ventajas puestas a disposición de los usuarios». En la de derechas, globalizadora, liberal, «los hombres son productores o consumidores en el seno de un vasto mercado». «En los dos casos, el resultado es el mismo: la nación es negada, borrada, deslegitimada, como si representara un obstáculo al progreso y al futuro»². En el primero, la nación es reducida a un contrato social suscrito en torno a los derechos del hombre; en el segundo, a un espacio de mercado sometido a sus leyes e imperativos.

Todo el desmoralizador panorama someramente apuntado es quizá lo que ha llevado a afirmar que «los pasados méritos del Estado-nación no bastan hoy para salvarlo como unidad óptima de la geopolítica»³. Parece, sin embargo, por distintas razones, más sensato y cauteloso pensar que «el estado-nación está lejos de haberse convertido en un fósil histórico»⁴. El modelo de estado nacional sigue siendo el modelo de organización política ansiado por muchos pueblos de todo el mundo e irrenunciable para casi todos, por el momento. En lo que respecta a Europa, donde parece haberse atenuado considerablemente su papel, la historia de los últimos años enseña que el estado-nación aún presenta batalla en el continente y ofrece resistencia vigorosa tanto ante la fuerza centrífuga de las regiones autónomas en el interior de su jurisdicción como ante el poder diluyente de las instituciones internacionales o supranacionales. A pesar del singular desgaste que han sufrido la idea y la realidad de nación, los estados-nación no terminan de borrarse del mapa político, y, como señala Morin⁵, pueden llegar a ser

2 SÉVILLIA, 2000, 2004, p. 192.

3 SARTORI, 2003 [2001, 2003], p. 45.

4 MORIN, 1993 [1991], p. 457.

5 *Íd.*

lo bastante fuertes como para ralentizar, o incluso detener, procesos dirigidos a crear uniones supranacionales como la europea. El reciente *Brexit* ha venido a recordarnos a todos este hecho.

La hegemónica corrección política vertebrada en nuestros días la ideología de izquierda. Intelectualmente precaria, recurre a sofismas, como la amalgama, esto es, a mezclar cosas que no tienen nada que ver y a designar a ese todo como blanco de sus ataques, aprovechando que uno de los elementos de la mezcla es susceptible de condena o francamente condenable. Es un arma destinada a intimidar, a paralizar. Así, se condena la defensa del estado-nación y se censura la idea de soberanía, raíces, fronteras, identificándolas con el nacionalismo o con la extrema derecha o el fascismo.

Contra la amalgama se puede combatir con el argumento de que las primeras manifestaciones históricas del nacionalismo fueron liberadoras y liberales. Cuando se teme al nacionalismo, es porque se ha incurrido en el error categorial de confundir una clase general de fenómenos con tipos históricos particulares (el nacionalismo europeo imperialista, el fascista de entreguerras...). «El nacionalismo es un estado de inflamación de la conciencia nacional que puede ser tolerante y pacífico, y lo ha sido a veces»⁶. El mismo recurso a la amalgama se observa cuando se equipara el nacionalismo con el tribalismo. Cuando se asegura que, como la tribu, la nación excluye a los foráneos y se muestra intolerante con ellos, se está creyendo engañosamente que una actitud humana primaria y universal equivale sin más a procesos históricos complejos, o que es lo que los

6 BERLIN, 1992 [1972, 1990], p. 229.

define sustancialmente. El persistente error de identificar nacionalismo y tribalismo se explica en parte porque esos sentimientos tribales han sido capitalizados por el nacionalismo romántico, por su antropología y metafísica, y, consiguientemente, por los tipos históricos inspirados en esas fuentes. Sin embargo, nacionalismo y tribalismo «no son términos intercambiables ni describen fenómenos relacionados». «La relación de un hombre con su tribu queda regulada de ordinario detalladamente por la costumbre que se observa sin cuestionamiento alguno y es considerada parte del orden natural o divino». A diferencia del hombre de nación, el hombre de tribu «no es consciente de que el destino del hombre es progresivo y de que él puede realizar el suyo propio fundiendo su voluntad en la de la tribu»⁷.

Son absurdas y falaces también las soluciones que se aportan como remedio para los males del nacionalismo. No sirve de nada ir a buscarlo en un sintético y bienintencionado internacionalismo, ni se conjurarán los temidos peligros invocando un cosmopolitismo vagaroso. Hablar de comunidad internacional, mundial, «es pura retórica, es vaporizar el concepto de comunidad»⁸. «Comunidad», una palabra de gran tradición en sociología cuyo significado entraña el sentido de identidad y pertenencia de los miembros a su grupo, pasaría así a sumarse a la nutrida lista de palabras desleídas y, al fin y al cabo, robadas, por el progresismo. Para este, hay palabras buenas, como la de «comunidad», y palabras malas, palabras tabú. Una de esas palabras demonizadas es «nacionalismo». Como en otros muchos casos, en los dominios de la corrección política la consigna fácil desplaza al análisis y a la reflexión.

7 KEDOURIE, 1985 [1960, 1966], p. 57.

8 SARTORI, 2003 [2001, 2003], p. 48.

Es obvio que el nacionalismo como emoción de masas ha sido y sigue siendo la fuerza política más poderosa en la historia del mundo contemporáneo, y no, como defienden explicaciones rivales, el internacionalismo. En la característica cualidad proteica del nacionalismo reside la clave de su fuerza y pervivencia. «El nacionalismo es una de las fuerzas más poderosas y una de las más problemáticas. Como un camaleón, cambia su piel para confundirse con entornos políticos muy diferentes»⁹. La lengua del nacionalismo europeo se ha hablado en cada brote o manifestación nacionalista con distinto acento, o ha mostrado distintas hablas o dialectos. Desgraciadamente, con frecuencia los diversos nacionalismos pasaron por alto, deformaron o malinterpretaron la herencia del primer nacionalismo, tal y como fue teorizada por Mazzini, Mill y Renan, y representada históricamente en los primeros estados-nación europeos. En muchos casos, lo que ocurrió fue que la posterior inserción del nacionalismo romántico alemán y la incorporación de toda una serie de adherencias históricas condujo a la distorsión y simplificación de las raíces, y es en este sentido, y por continuar con la metáfora lingüística, en el que puede hablarse de generación de «criollizaciones», y no de auténticas lenguas. El resultado es que los nacionalismos de segunda y tercera ola muestran un ímpetu avasallador en todo el mundo¹⁰.

Resumo a Mill. «Cuando el sentimiento de nacionalidad existe en alguna medida –escribe–, hay una justificación *prima*

9 ANDERSON, 1986, p. 115.

10 En mi opinión, los nacionalismos de segunda y tercera ola bastan para explicar la deriva del nacionalismo en la actualidad. La cuarta ola tiene ante todo una significación históricamente localizada y, por ende, el papel que desempeña en la génesis de los nacionalismos actuales es relativo.

facie para unir a todos los miembros de esa nacionalidad bajo un mismo Gobierno exclusivamente para ellos»¹¹. Ahora bien, para satisfacer el deseo de unidad e independencia deben cumplirse tres condiciones: que el pueblo esté «maduro para regirse mediante instituciones libres»¹²; «que las fronteras de los Gobiernos coincidan más o menos con las de las nacionalidades»¹³ (punto de difícil realización en la práctica y que tiene numerosas cláusulas de excepción); finalmente, «se presenta otra consideración de carácter más puramente moral y social»¹⁴: los pueblos tienen que haber logrado un nivel de civilización que convierta en un beneficio para ellos el ser independientes.

El enfoque de Mill tiene evidentes limitaciones. Así, en su época, Mill no pudo estimar el carácter justo de las reivindicaciones nacionalistas de aquellos pueblos que forman parte de países con regímenes tiránicos. Sin embargo, lo sustancial y valioso de la perspectiva de Mill no es tanto el contenido de los puntos concretos formulados como la importancia de primer orden que cobra con ellos la *dimensión normativa* en el problema nacionalista.

El eclipse de los puntos de Mill por efecto de los acontecimientos históricos, y en particular por el principio de libre autodeterminación de los pueblos, trajo consigo *un cambio sustancial en el concepto de nación*. Esta ya no se refiere, o no se refiere solo, a los antecedentes comunes históricos, étnicos, lingüísticos o religiosos; esta ya no precisa una clave deontológica que ayude a desentrañar su significación histórica. Ahora la idea de nación obtiene su arraigo en los sentimientos de la gente. Si los habitantes

11 MILL, 2001 [1861], pp. 310-311.

12 *Ibíd.*, p. 311.

13 *Ibíd.*, p. 313.

14 *Ibíd.*, p. 314.

de un determinado territorio sienten que pertenecen al mismo grupo y comparten el mismo proyecto de futuro, ese sentimiento es *sentimiento de nación*. De esta manera, no es infrecuente que un estado desafíe la legitimidad de otro, o que una comunidad desafíe al estado en que se encuadra, sobre la base de que esos estados no representan realmente a su nación. El problema con los sentimientos radica en que son subjetivos y difíciles de medir. Aún más difícil es respaldarlos con pruebas objetivas. Gobiernos, grupos, ideólogos, líderes de opinión, proclaman, rara vez fundamentan, los sentimientos del pueblo con respecto a su pertenencia a una nación. Por ejemplo, no precisan qué «cantidad de sentimiento» es necesaria para legitimar las aspiraciones nacionalistas (secesionistas, irredentistas, o del tipo que sea). En el cuestionamiento, ya sea del «*status nacional*» de determinados pueblos, ya sea de la legitimidad de ciertos gobiernos, radican muchas disputas entre estados y en el interior de los estados.

A toda esta confusión se suma en la actualidad la dictadura biempensante, que hace su trabajo de forma subrepticia determinando qué se puede decir y qué está terminantemente vedado expresar, por muy razonable y obvio que sea esto último. Sencillamente, para ella algunas expresiones e ideas de los puntos de Mill son intolerables. La historiadora Himmelfarb se lamenta de esta censura que incide sobre el discurso precisamente ahora, que es cuando más falta hace: «Es casi imposible hoy hablar de civilizaciones superiores e inferiores, y no digamos de pueblos “inferiores y más primitivos”. (...) No podemos decir lo que se ha vuelto tan dolorosamente obvio: no todos los países están dispuestos o comprometidos con las instituciones libres. No todas las nacionalidades son dignas de respeto y reconocimiento. No todos los pueblos tienen un “derecho” a la independencia

y la autodeterminación. (...) no puede haber equivalencia moral entre las naciones, o entre las aspirantes a naciones»¹⁵. Hoy, que los puntos, condiciones y cláusulas de Mill «son más pertinentes que nunca –ciertamente mucho más que en su época– estamos más inhibidos que nunca para tratar de ellos»¹⁶. Por ejemplo, ya es asunto complicado hablar con franqueza de las instituciones libres que les serían exigibles a aquellas sociedades que aspiran a la autodeterminación, unas instituciones que se fijan como objetivo garantizar la tolerancia religiosa, la representación de las minorías y el respeto a éstas y a las diferencias étnicas.

He incidido en la necesidad de trazar una neta distinción entre orígenes y derivaciones. Las naciones que conocieron la génesis y formación del estado-nación se muestran hoy inseguras y pasivas, reacias a afirmar su valía, encerradas en un bucle autodestructivo. Las naciones antiguas occidentales, recelosas de sus vecinas y temerosas y avergonzadas de sí mismas, diluyen la realidad histórica y orgánica del estado-nación en un anodino internacionalismo o, peor aún, en entidades supranacionales (Unión Europea) de carácter artificial, burocrático y ahistórico. Para mayor ironía, los intelectuales europeos y estadounidenses prestan apoyo indirecto a las peores y más degradadas imitaciones del estado-nación original, con frecuencia de carácter despótico, racista, intolerante, excluyente, agresivo, denigrando sus propias nacionalidades occidentales, a las que tachan de eurocéntricas, xenófobas e incluso racistas¹⁷.

15 HIMMELFARB, 1994, p. 119.

16 *Íd.*

17 *Ibíd.*, pp. 120-121.

No hay pueblo europeo, ni nación europea. La Unión Europea hace como si Europa estuviera ya hecha y como si las naciones se hubieran fundido en un crisol. «Toda construcción que actúa como si las antiguas naciones hubieran desaparecido es artificial. Niega lo real. Hoy todo se desarrolla como si Europa, más que un objetivo político gradual, representara una fe cuyos dogmas tuvieran fuerza vinculante»¹⁸. La máquina europea funciona con la energía que le proporciona la soberanía que sustrae a los estados-nación, y no está nada claro si compensará lo que da o va a dar a cambio. Por otro lado, no se ha avanzado mucho en aras de la unidad o concordia, como lo muestra el auge de los partidos euroescépticos y nacionalistas en algunos países (Francia, Finlandia, Dinamarca, Holanda, Reino Unido...) y, por supuesto, la decisión del Reino Unido, adoptada en referéndum el pasado junio, de abandonar la Unión Europea. Da la sensación de que, con menos, se habría logrado más. Es decir, se desaprovechó una oportunidad histórica al renunciar a la vía confederal para la cuestión europea. El diálogo, el libre comercio, la cooperación y los acuerdos entre países europeos son necesarios, e incluso fructíferos, pero a condición de no renunciar a la identidad, especificidad y soberanía nacionales, porque la sana rivalidad, la competencia, la emulación entre naciones antiguas y (quisiera pensar) sabias, es vitalizadora y crea prosperidad general. En lugar de esta salida confederal, la vía que se abrió, y en la que se ha profundizado, fue la del federalismo, «pero un federalismo que encubre el centralismo más burocrático»¹⁹. El funcionamiento de la máquina europea adolece además de graves déficits democráticos, y por eso su legitimidad está cuestionada. A pesar de lo cual, o, mejor dicho, gracias

18 SÉVILLIA, 2000, 2004, p. 242.

19 *Ibid.*, p. 243.

a lo cual, la máquina trabaja a pleno rendimiento; lenta pero segura, obedece solo a sus propias leyes, y nada la detiene. Encarna la profecía autocumplida de lo ineluctable: como todo el mundo cree que es inevitable, sucederá algo que en primera instancia hubiera sido evitable. Frente a ella, en general, frente a cualquier determinismo, «la nación ofrece una herramienta colectiva de dominio del futuro». Lo que está en juego, en la continuación del estado-nación, «es la capacidad del hombre de influir en su destino»²⁰.

En el carácter ahistórico de la Unión Europea reside un problema capital, ya que los viejos estados-nación están malvendiendo su legado sociopolítico a cambio de una realidad con defectos constitutivos de partida y carente de antecedentes históricos, que por ello puede definirse como experimento político de consecuencias impredecibles, como la crisis del euro ha venido a recordar. Esta Europa es alabada como una culminación de la historia, pero lo que en realidad supone es una ruptura.

Lejos queda la responsabilidad de hacer valer como modelo alternativo un patriotismo, o nacionalismo rectamente entendido, que recoja todos los contenidos políticos y logros históricos del estado-nación occidental. En vez de eso, se sucumbe a la tentación antioccidental. Pero fuera de Occidente no hay salvación, y mucho menos en la *contemptio sui*, en el autodesprecio y masoquismo que practica esta parte del mundo. En semejante contexto se convierte en ardua tarea mostrar el contraste del nacionalismo con el patriotismo. Ambos términos, aunque se usan con poca precisión, se refieren a conceptos distintos. Como el asunto

20 *Ibid.*, p. 252.

es delicado, prefiero ceder la voz, para la defensa de esta tesis, a otros autores.

«El nacionalismo es una perversión, es la perversión del patriotismo»²¹, acentúa el historiador Pierre Chaunu. «[L]a valorización de la nación no implica necesariamente el nacionalismo, el cual solo sería entonces una penosa derivación de aquella, posible, pero no fatal»²². Ese nacionalismo –tal y como comúnmente lo entendemos hoy, identificándolo con algunos tipos de la segunda y sucesivas olas del nacionalismo– ha quedado desacreditado porque funda la obligación política en lealtades puramente sociales, por su supuesto irracionalismo, por su oposición a las doctrinas universalistas (como el socialismo internacional, los derechos humanos, la ley moral de Kant), y por su esencial beligerancia e imperialismo. A diferencia de estas históricas y contingentes manifestaciones nacionalistas y de sus expresiones actuales, el patriotismo es más universal y fundamental: «un sentimiento primario de lealtad al grupo que suele manifestarse en la defensa de su prestigio en relación con otros y que en el pasado podía centrarse en la figura del rey como jefe de la nación en la lucha contra los extranjeros»²³. El patriotismo es una actitud hondamente arraigada (no solo lo son las disposiciones negativas como la xenofobia); es el *pro patria mori* romano. «Patriotismo, amor por la propia patria, lealtad a sus instituciones y celo en su defensa, es un sentimiento conocido entre todas las clases de hombres»²⁴. Pero también, como no podía ser de otra manera, el patriotismo no es inmune a la historia, y así no solo no es incompatible, sino que ha conectado con,

21 CHAUNU y DOSSE, 1994, p. 123.

22 RENAUT, 1993 [1991], pp. 40-41.

23 FONTANA, 1999, p. 204.

24 KEDOURIE, 1985 [1960, 1966], p. 56.

y asumido, algunas de las primeras manifestaciones del nacionalismo (proceso del cual ha resultado el “nacionalismo rectamente entendido” a que antes me referí). De esta forma, el patriotismo como actitud se ha reforzado y ha adquirido vigores nuevos como idea. El patriotismo es un antídoto: de universalismo contra los estrechos localismos, y a la vez de realismo contra las utopías y las abstracciones en el ámbito de la organización social; un antídoto contra las consecuencias de unos y otras. El amor humanitarista y sin fronteras es muy sospechoso. «El amor a la humanidad abstracta ya se ha visto a dónde conduce –resume Chaunu–. Si usted no ama a su vecino, si usted deja morir a la vieja mujer que vive en la buhardilla de al lado, tengo algunas dudas acerca de la calidad de su amor por la humanidad (...). El patriotismo, en el sentido de amar a quienes le rodean a uno, es algo muy bueno»²⁵. Haciéndose eco del internacionalismo de Mazzini, Régis Debray expresa la misma idea: «La nación a la manera francesa –herencia del 89 y el 93– no es un fin en sí mismo ni un valor supremo, sino el primer grado de lo universal, que abre al patriota a la humanidad entera en lugar de encerrarlo en su pequeño territorio animal»²⁶. Décadas antes, Aron había escrito: «El ideal de una humanidad consciente de su solidaridad no está en contradicción con la realidad de una humanidad dividida en naciones, consciente de sus particularidades y del valor de estas. Es más, este hecho constituye también un ideal». Tradicionalmente vivido como un deber, y no como una servidumbre, este ideal, que cada nación ha dotado de un contenido propio, «no niega (o no debería negar) las normas, universales y formales, que son impuestas a cada hombre en cuanto tal. Pero ¿cómo podría

25 CHAUNU y DOSSE, 1994, p. 123.

26 Régis DEBRAY, *À demain de Gaulle*, Paris: Gallimard, 1990; citado en SÉVILLIA, 2000, 2004, p. 250.

estar obligado el individuo respecto a la humanidad entera, sin estarlo respecto a la nación que le hace ser lo que es?»²⁷.

El nacionalismo *puede* devenir una ideología de superioridad nacional con apego a la raza, lenguaje o costumbres. El patriotismo constituye una alternativa beneficiosa, en el sentido de que es un sentimiento que armoniza las lealtades a la nación y los deberes cívicos contraídos, y en el sentido de que varía el centro de adhesión de los ciudadanos, no siendo ya dominante el recurso a la identificación nacional y a los sentimientos de pertenencia (al suelo, raza, lengua, historia, etc.) como función de cohesión²⁸. A la vista de lo cual, emerge con claridad la contradicción en que caen aquellos que, al mismo tiempo que se dicen nacionalistas, acusan al estado-nación liberal-democrático en que se integran, y gracias al cual han alcanzado cotas inusitadas de autonomía, de nacionalismo porque no se pliega a sus crecientes demandas en un sentido soberanista. En mi interpretación, el patriotismo del estado-nación de siglos de historia, precisamente por ser tal, no elimina ni trata de neutralizar las diferencias culturales o lingüísticas que puedan existir en su territorio, sino que, antes bien al contrario, convive con ellas, las tolera y en ocasiones incluso las alienta. Estoy pensando en el caso catalán y vasco dentro de España cuando escribo estas líneas. No dejo de ser consciente de que en el contencioso que los nacionalismos periféricos (vasco y catalán) libran con las instituciones españolas se escenifica el enfrentamiento de dos mundos distintos.

27 ARON, 1963 [1962], p. 870.

28 Esta oposición patriotismo/nacionalismo la expresó de una manera rotunda y retórica Richard Aldington en su novela *The Colonel's Daughter*: «El patriotismo es un sentido enérgico de responsabilidad colectiva. El nacionalismo es un gallo estúpido que se pavonea sobre su propio montón de estiércol y que exige espolones más grandes y picos más brillantes» (ALDINGTON, 1931, pt. 1, ch. 6).

Uno es el pujante de los nacionalismos de la segunda y tercera olas; el otro es el modo históricamente original de “nacionalismo”, que, hoy en decadencia y erosionado, ha perdido las señas de identidad y parece haber renunciado a hacerse valer y a repensarse. A la emocionalidad de aquellos, este deberá oponer racionalidad. A aquellos nacionalismos las naciones occidentales deberán ser capaces de enfrentarse planteando con las armas de la razón un patriotismo que dote de contenido galvanizante a su legado histórico. Este trabajo ha apuntado esa necesidad, y ha trazado a grandes líneas el «perímetro» de la idea de patriotismo. En otro trabajo, quisiera desarrollar dicha idea antes de que la palabra que la designa y la «demanda patriótica» latente que indudablemente existe acaben desvirtuadas en manos de quienes tratan de apoderarse de ellas sin derecho (nuevamente estoy pensando en España: en el fenómeno Podemos, partido populista de extrema izquierda que reivindica la “patria” y el “patriotismo” por motivos espurios y partidistas). Sin embargo, para no pecar de presuntuoso, añadiré que en la labor cuya necesidad he destacado el papel fundamental lo ostentan, no los pensadores, sino los líderes políticos que merezcan tal nombre.

Resulta evidente que, en la argumentación o controversia acerca del nacionalismo, la emoción domina a la razón. A día de hoy, se observa una incapacidad absoluta de teorizar de manera coherente y seria acerca de conceptos como estado, estado-nación, pueblo, nacionalidad. La incompetencia para debatir desapasionada y reflexivamente acerca de estas cuestiones desemboca en callejones sin salida, en problemas insolubles. Se dan por sentadas demasiadas cosas en las perspectivas que estudian el nacionalismo; se

omite un análisis detenido de su tipología. Por añadidura, la implicación emocional y la falta de preparación de que suelen hacer gala quienes batallan públicamente en torno al tema impiden abordar esas candentes y cruciales cuestiones con seriedad, dejando el debate a una altura pueril. Para desgracia del pensamiento, ya no se tienen en cuenta las ideas de un clásico de la teoría política, John Stuart Mill, que reflexionó en un período en que el nacionalismo y el hablar del nacionalismo eran un prometedor horizonte, y no el tormentoso piélago del presente, en donde se navega entre el descrédito del concepto de nacionalismo, la noción de autodeterminación de los pueblos y un vago y superficial internacionalismo y cosmopolitismo.

Razonamientos como los de este ensayo no resuelven, como decía Renan, los asuntos del mundo; «pero los hombres dedicados desean, no obstante, poder dilucidar estas materias para deshacer las confusiones en las que se enredan los espíritus superficiales»²⁹. Esta ha sido, sin duda, mi aspiración al emprender la escritura de estas páginas.

29 RENAN, 2001 [1882], p. 43.

Bibliografía

ALDINGTON, Richard. *The Colonel's Daughter*. London: Chatto & Windus, 1931.

ANDERSON, James. Nationalism and Geography. In: ANDERSON (ed.). *The Rise of the Modern State*. Brighton: Harvester Wheatsheaf, pp. 115-142, 1986.

ARON, Raymond. *Paz y guerra entre las naciones*. Madrid: Revista de Occidente, 1963 [1962].

BERLIN, Isaiah. La rama doblada: sobre el origen del nacionalismo [1972]. In: BERLIN. *El fuste torcido de la humanidad. Capítulos de historia de las ideas*. Barcelona: Península, 1992 [1990], pp. 223-242.

CHAUNU, Pierre; DOSSE, François. *L'instant éclaté. Entre-tiens*. Paris: Aubier, 1994.

DELANNOI, Gil; TAGUIEFF, Pierre-André (comps.). *Teorías del nacionalismo*. Barcelona: Paidós, 1993 [1991].

FONTANA, Josep. *Introducción al estudio de la historia*. Barcelona: Crítica, 1999.

HIMMELFARB, Gertrude. *On Looking into the Abyss. Untimely Thoughts on Culture and Society*. New York: Vintage, 1994.

KEDOURIE, Elie. *Nacionalismo*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1985 [1960, 1966].

MILL, John Stuart. *Consideraciones sobre el gobierno representativo*. Madrid: Alianza, 2001 [1861].

MORIN, Edgar. El estado-nación. In: DELANNOI; TAGUIEFF, pp. 451-458, 1993 [1991].

RENAN, Ernest. *¿Qué es una nación?* Madrid: Sequitur, 2001 [1882].

RENAUT, Alain. Lógicas de la nación. In: DELANNOI; TAGUIEFF, pp. 37-62, 1993 [1991].

SARTORI, Giovanni. *La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo, extranjeros e islámicos.* Madrid: Taurus, 2003 [2001, 2003].

SÉVILLIA, Jean. *Le terrorisme intellectuel.* Paris: Perrin, 2000, 2004.

Recebido em 30/11/2016.

Aprovado em 26/12/2016.

Javier Pamparacuatro Martín

E-mail: javier.pamparacuatro@ehu.eus